

EL MAHATMA GANDHI Y EL ECOLOGISMO EN LA INDIA

Ramachandra Guha¹

La vida y el trabajo de Mohandas Karamchand «Mahatma» Gandhi (1869-1948) ha tenido una influencia considerable sobre el movimiento ecologista contemporáneo en la India. Este movimiento empezó verdaderamente con el Chipko Andolan en Abril de 1973; en uno de los primeros informes de Chipko, un periodista sin aliento anunció que el fantasma de Gandhi había salvado los árboles del Himalaya. Desde entonces, Mahatma Gandhi ha sido el usualmente conocido y ocasionalmente desconocido Santo Patrón del movimiento ecologista de la India. Desde Chipko al movimiento de Salvación del Narmada (Narmada Bachao Andolan) de la actualidad, los activistas ecológicos han confiado en las técnicas de Gandhi de la protesta no-violenta o *satyagraha*, y han usado frecuentemente la polémica de Gandhi en contra de la industrialización pesada. Algunas de las figuras más conocidas del movimiento, por ejemplo, Chandi Prasad Bhatt y Sunderlal Bahuguna de Chipko, o Baba Amte y Medha Patkar de Narmada, han subrayado repetidamente su deuda con Gandhi.

Evidentemente uno no tiene que negar otras influencias. En el gran abanico de los movimientos ecologistas hay varios grupos con poca conexión con Gandhi. Piénsese por ejemplo en una organización como la Kerala Sastra Sahitya Parishad; un grupo que viene de una base marxista, pero cuya contribución al movimiento ecológico no es

menor que la de otros. Otros están influenciados por el socialismo, la teología de la liberación, y las tradiciones de autoayuda. Pero es probablemente justo decir que la vida y la práctica de Gandhi es la influencia más importante en el movimiento ecologista indio.

No obstante, los ecologistas de hoy en día no solo afirman que ellos están siguiendo el ejemplo de Gandhi, sino que sostienen que el mismo Mahatma predijo la crisis ecológica de la sociedad industrial moderna. La cuestión de si Gandhi fue un «ecologista temprano» raramente es apoyada con evidencia. Se da por seguro que Gandhi anticipó nuestras preocupaciones ecológicas, pero sin demostrar de manera precisa dónde y de qué manera lo hizo. Entre sus escritos, es casi siempre *Hind Swaraj* (publicado en 1909) el que, como ha dicho un distinguido gandhiano actual, nos da una «perspectiva alternativa» sobre el desarrollo, ya que explica cómo en el actual modo de desarrollo el hombre explota al hombre y a la naturaleza. Releyendo, recientemente, *Hind Swaraj* me sentí incapaz de estar de acuerdo con este veredicto. A pesar de su elocuente denuncia de la sociedad occidental moderna, el libro no dice nada sobre la relación de los humanos con la naturaleza y menos aún ofrece una perspectiva alternativa al desarrollo.

Pero quizás *Hind Swaraj* no es el sitio en donde mirar. Evidentemente este libro fue

¹ Este artículo fue publicado en inglés en *CNS*, 23, septiembre 1995. Ramachandra Guha, 22A Brunton

Road, Bangalore 560025, India.

escrito mientras Gandhi estuvo viviendo en Sudáfrica 21 años, como abogado y político. De regreso a la India en 1914, empezó inmediatamente a relacionarse de cerca con las condiciones económicas y sociales de las aldeas rurales. A través de sus viajes por la India y de la organización, en 1917 y 1918, de la lucha campesina en los distritos de Champaran y Kheda, Gandhi tuvo que convivir directamente con el colonialismo como sistema de explotación económica, y no solo —como había sido su experiencia en Sudáfrica— con la discriminación racial.

Con esta profundización en su comprensión del colonialismo, Gandhi vio que sería imposible para la India copiar los patrones occidentales de desarrollo industrial. Es importante notar que él no ofreció ningún modelo alternativo de desarrollo para la India. Gandhi no fue un pensador sistemático; además estaba preocupado con cuestiones inmediatas de movilización política y reforma social —la lucha por la independencia nacional, las relaciones armoniosas entre los dos mayores grupos religiosos (hindúes y musulmanes), la emancipación de las mujeres y de las castas más bajas— y difícilmente hubiese podido tener tiempo libre para esbozar un programa económico o ecológico detallado. A pesar de todo, entre sus escritos de los años veinte, treinta y cuarenta hay indicios de este camino alternativo. Prestaré atención a estos escritos.

Las reservas de Gandhi sobre la industrialización a gran escala de la India descansan habitualmente en razones morales —esto es el egoísmo y la competitividad de la sociedad moderna— pero tienen también un tono marcadamente ecologista. Léase este notable pasaje, de su diario *Young India* (20 de diciembre de 1928): «Dios prohíba que la India haga nunca la industrialización a la manera de Occidente. El imperialismo económico de una sola isla pequeña (Inglaterra) tiene actualmente el mundo encadenado. Si una nación entera de 300 millones lleva a cabo una explotación económica similar, esto dejaría el mundo tan desnudo como una plaga de langostas».

Dos años antes, Gandhi había afirmado que para «convertir a la India en Inglaterra o América había que encontrar otras razas y otros lugares de la tierra para explo-

tar». Dado que las naciones occidentales ya se han «dividido todas las razas conocidas fuera de Europa para la explotación y no hay nuevos mundos para descubrir», él preguntó directamente: «¿Cuál puede ser el destino de la India si intenta imitar a Occidente?» (*Young India*, 7 octubre de 1926).

La respuesta a esta pregunta es ahora dolorosamente obvia pues en las últimas décadas, nosotros hemos intentado precisamente el «hacer la India como Inglaterra y América». Sin el acceso a los recursos y a los mercados de que disfrutaron estas dos naciones cuando empezaron la industrialización, la India ha tenido que confiar por fuerza en la explotación de su propia gente y medio ambiente. Los recursos naturales del campo han sido cada vez más canalizados hacia las necesidades del sector urbano-industrial, la desviación de los bosques, del agua, etc., hacia la élite ha acelerado un proceso de degradación ambiental al tiempo que negaba a las comunidades rurales y tribales sus derechos tradicionales de acceso y uso. Mientras tanto, el sector moderno se ha movido agresivamente hacia los recursos restantes en las últimas fronteras de la India, en el nordeste y las islas Andaman y Nicobar.

Quizás Gandhi no se hubiera sorprendido. Como él reconoció, el sesgo del desarrollo urbano-industrial solo podía llevar a una explotación unilateral del interior. En 1946 expresó esto con una lucidez característica: «La sangre de las aldeas es el cemento con el cual se construyen los edificios de la ciudad» (*Harijan*, 23 de junio de 1946). En una ocasión anterior, Gandhi, gentilmente pero con fuerza, advirtió en una reunión en Indore de la concentración de recursos a la que las ciudades habían llegado. «Estamos sentados en esta cómoda *pandal* (tienda) bajo el brillo de la luz eléctrica», dijo, «pero no sabemos que estamos quemando esta luz a expensas de los pobres» (*Harijan*, 11 de mayo de 1935).

De este diagnóstico de las enfermedades de la industrialización salen las soluciones de Gandhi, que centra el desarrollo económico en los pueblos rurales. Él deseaba ver que «la sangre que hoy llena las arterias de las ciudades vuelva de regreso a los vasos de sangre de las aldeas». En un lugar destacable estaba la descentralización del poder políti-

co y económico, de tal manera que las aldeas pudieran asumir el control de sus propias cuestiones. Cuando le acusaron de girar la espalda a las grandes invenciones científicas, incluyendo la electricidad, Gandhi señaló (en palabras que sirven para inspirar a todos los defensores de los sistemas descentralizados de energía): «si nosotros pudiésemos tener electricidad en cada casa de cada pueblo, no me importaría que los habitantes de los pueblos usaran sus instrumentos y herramientas con la ayuda de la electricidad. Pero entonces las comunidades o el estado poseerían pequeñas centrales eléctricas tal como las aldeas tienen sus propios pastos». (*Harijan*, 22 de junio de 1935).

En 1937, algunos años después de haber ido a vivir a Wardha para dedicarse a la reconstrucción rural, Gandhi definió su ideal de aldea india de esta manera:

Habrán casas con suficiente luz y ventilación, construidas con material obtenido dentro de un radio de 5 millas alrededor. Las casas tendrán patios que permitirán a los propietarios plantar vegetales para el uso doméstico y para albergar su ganado. En los caminos y calles del pueblo no habrá más polvo que el necesario. Habrá pozos según sean sus necesidades y serán accesibles a todos. Habrá sitios de culto para todos, también un sitio de encuentro común, pasto comunal para el ganado, una cooperativa lechera, escuelas de primaria y secundaria en las que la educación profesional será el punto central, y tendrán Panchayats para arreglar las disputas. Producirán sus propios granos, vegetales y frutos. Esta es aproximadamente mi idea de un pueblo modelo....(*Harijan*, 9 de enero, 1937).

Hay varios elementos de esta descripción que cuadrarían con la utopía de los ecologistas: independencia local, un medio ambiente limpio e higiénico, la administración y uso colectivo de aquellas ofrendas de la naturaleza tan necesarias para la vida humana; agua y pastos. Pero el mismo Gandhi tenía una extraña habilidad para combinar una visión utópica con intenciones prácticas. Es importante ver la atención que pone so-

bre el problema crucial de la fertilidad del suelo. Hacia el final de su vida, advirtió a los partidarios de una rápida mecanización de la agricultura que «se probará que el jugar con la fertilidad del suelo para conseguir ingresos rápidos es una política desastrosa y poco previsora. Esto nos llevará a un virtual agotamiento del suelo». (*Harijan*, 25 de agosto de 1946). Fue un entusiástico defensor del abono orgánico, que enriquecía el suelo, mejoraba la higiene del pueblo debido a la recogida efectiva de los residuos, ahorraba divisas, e incrementaba la producción de la cosecha —todo esto, como ahora sabemos, sin la contaminación y el agotamiento de los recursos causados por las técnicas químicas modernas. Elogió el trabajo de Albert Howard, que había introducido métodos de agricultura orgánica en Indore. En su propia publicación, *Harijan*, Gandhi describió con aprobación y gran detalle los métodos desarrollados por Howard y sus asociados para convertir una mezcla de excrementos de vaca, desperdicios de granja, cenizas y orina en un fertilizante muy valioso (*Harijan*, 17 y 24 de agosto de 1935).

Finalmente, la crítica filosófica de Gandhi a la civilización moderna también tiene profundas implicaciones para la manera en que hoy vivimos y nos relacionamos con el medio ambiente. Para él, «la característica diferencial de la civilización moderna es una infinita multiplicación de necesidades» mientras las civilizaciones antiguas estuvieron marcadas por una «restricción imperativa, y una regulación estricta de estas necesidades» (*Young India*, 2 de junio de 1927). En un tono inmoderado que no era característico de él, habló de su total repulsa «al deseo rabioso de destruir la distancia y el tiempo, de aumentar el apetito animal, y de ir al final del mundo en la búsqueda de su satisfacción. Si la civilización moderna representa todo esto, y así lo entiendo, a esto lo llamo satánico» (*Young India*, 17 de marzo de 1927).

A nivel individual, el código de la simplicidad voluntaria de Gandhi ofrece una alternativa sostenible al estilo de vida moderno. Uno de sus aforismos más conocidos, que el «mundo tiene suficiente para las necesidades de todos, pero no suficiente para la codicia de todos», es, en efecto, una ex-

presión en muy pocas palabras de toda la ética ambiental. Esta fue una ética que él mismo practicó, pues el reciclaje de los recursos y la minimización de las necesidades, estaban integrados en su vida.

Su análisis del proceso macro del desarrollo económico, sus recetas para la reconstrucción rural, y sus principios éticos para vivir —a todos estos niveles, los escritos de Gandhi, cuando son reinterpretados en términos contemporáneos, ofrecen una intuición aguda de la crisis medioambiental—.

Durante su vida, esta filosofía económica fue elaborada y ampliada por uno de los discípulos más cercanos al Mahatma, J.C. Kumarappa. Kumarappa puede ser considerado el primer ecologista gandhiano; su trabajo es hoy ignorado, una pequeña valoración quizás no estaría fuera de lugar.

Kumarappa, nacido en 1892, fue un tamil cristiano graduado en contabilidad en Londres. Tuvo una práctica próspera como auditor en Bombay, que dejó temporalmente para hacer un *magíster* en la Universidad de Columbia en Nueva York. Allí emprendió el estudio de las finanzas públicas (bajo la supervisión de un economista de Columbia, E.R.A. Seligman) durante el cual descubrió sistemáticamente la explotación colonial de la economía de la India. Regresó en 1929, siendo ahora un nacionalista, y rápidamente entró en contacto con Gandhi. Su tesis en finanzas públicas fue publicada serialmente en *Young India*, y Kumarappa abandonó su práctica para unirse al Mahatma. Fue responsable de los proyectos de Gandhi de reconstrucción de aldeas, y a lo largo de la siguiente década dirigió importantes estudios de economía agraria y ayudó a poner en marcha dos instituciones gandhianas claves, la Asociación de Hilanderos-Tejedores de la India y la Asociación de Industrias Rurales de la India.

En algunos libros escritos en los años treinta y cuarenta, J.C. Kumarappa intentó formalizar la economía gandhiana. Entre los escritos de Kumarappa (igual que en los de Gandhi) encontramos observaciones sobre la manera en que nos relacionamos con el ambiente. Por ejemplo, enunció una condición básica para una responsabilidad ecológica: «Si nosotros producimos todo lo que deseamos dentro de una área limitada, estamos

en posición de supervisar los métodos de producción; mientras que si importamos lo que usamos desde el final de la Tierra nos resulta imposible garantizar las condiciones de producción en estos lugares».

Igual que su maestro, J.C. Kumarappa denunció la civilización industrial. «No puede haber industrialización sin depredación», considerando que la agricultura es, y tiene que ser, «la más grande de las ocupaciones», en la cual «el hombre intenta controlar la naturaleza y su propio medio ambiente de tal manera que produce los mejores resultados». Expresó este contraste entre la agricultura y la industria en términos de su impacto sobre la naturaleza.

En el caso de una civilización agrícola, el sistema dispuesto por la naturaleza no es apenas interferido. Si hay una variación sigue una mutación natural. El agricultor solo ayuda a la naturaleza o intensifica durante un periodo corto lo que tiene lugar en la naturaleza en un periodo largo.... bajo el sistema económico de (la sociedad industrial)... encontramos que las variaciones de la naturaleza son muy violentas con el fin de conseguir una gran oferta de bienes producidos sin respetar la demanda, entonces la demanda se crea artificialmente a través de ingeniosos anuncios.

De todas formas y como la mayoría de los gandhianos de su generación, Kumarappa no estuvo primordialmente interesado en la reflexión teórica sino en mejorar la vida de los campesinos y artesanos indios. Un tema en la mayoría de sus trabajos es el ahorro cuidadoso de los recursos naturales en la economía agraria. De esta manera señaló la necesidad de usar los residuos nocturnos como abono (demandando subsidios para los individuos que los recogían como manera de superar las prohibiciones de casta), para convertir los excrementos humanos y los desperdicios del pueblo en un fertilizante orgánico. Al mismo tiempo, Kumarappa también señaló la importancia de mantener la calidad del suelo evitando la erosión y mejorando el drenaje.

El agua y los bosques son quizás los dos

recursos que más han preocupado al movimiento ecologista indio en los años más recientes. En este sentido, Kumarappa no ahorró la crítica al pobre mantenimiento de los tanques de irrigación bajo el dominio británico, y exhortó a la conservación del agua para aumentar el nivel de la capa freática y reducir la salobridad. Y en un conciso comentario sobre los modelos de administración forestal, dijo:

El gobierno tendrá que revisar de manera radical sus políticas de mantenimiento de los bosques. La administración forestal tendría que ser guiada, no por consideraciones de ganancias sino por las necesidades de la gente... La administración forestal tiene que estar basada en los requerimientos de los pueblos de alrededor. Los bosques deberían ser divididos en dos clases principales: (1) aquellos que suministran madera, que tienen que ser planeados a largo plazo, y (2) aquellos que suministran combustible y pasto, que tienen que estar a la disposición del público de manera gratuita o a un costo nominal. Hay industrias rurales como la de aceite de palmera, la de papel, ollería, etc., que solo pueden ser prósperas si el combustible puede ofrecérseles a unos precios baratos.

También son previsores los comentarios de Kumarappa en relación a la escasez potencial de la biomasa en la economía rural. Estaba particularmente preocupado por la disponibilidad de pienso, señalando que las cosechas comerciales como el yute, el tabaco y la caña de azúcar reducen la disponibilidad de alimentos para la gente y sus animales. También señaló las continuas quejas de los campesinos que no tenían suficientes pastos, reprendiendo al gobierno colonial por no permitir el pastoreo en tierras no usadas sin pagar tasas.

El mantenimiento y fertilidad del suelo, la conservación del agua, el reciclaje, los derechos forestales de los pueblos, los balances de biomasa: ésta es una lista de los problemas ambientales rurales que todavía prosiguen. Al poner la agricultura tan firmemente en su marco natural, se podría decir que Kumarappa empezó la tarea de

construir un programa ecológico en las líneas de Gandhi. Aunque ha sido ignorado por la mayor parte de los ecologistas de hoy, éstos continúan su trabajo sin saberlo.

Otra personalidad gandhiana con ideas ecológicas avanzadas a su tiempo fue Mira Behn (Madeline Slade), la hija de un almirante inglés que se unió al Mahatma Sabarmati en 1925. Mira Behn, al igual que J.C. Kumarappa, formó parte del círculo de Gandhi, el centro de sus seguidores, y como el economista tamil, ella también pasó varios años trabajando por la reconstrucción rural, llevando a la práctica las ideas de su maestro. En 1945 se instaló en un ashram en Rishikesh, al pie de los Himalayas, trasladándose muchos después al valle Bhilangna en el interior de las montañas. En los artículos escritos en este tiempo, Mira Behn atrae la atención del público y de los políticos a los vínculos entre la deforestación, la erosión del suelo, y las inundaciones. Años antes de que el movimiento Chipko hiciera populares y fuertes estas críticas, ella identificó las faltas de la administración forestal como, primeramente, la falta de participación de los habitantes de los pueblos, y en segundo lugar, la sustitución en muchas zonas del roble por el pino, una especie con mucha menos capacidad de absorber y retener el agua de la lluvia. Ella mandó informes detallados con fotografías al Primer Ministro indio, Jawaharlal Nehru; él los transmitió a los oficiales forestales implicados, pero (tal y como Mira Behn señaló irónicamente muchos años después) los «cambios necesarios eran demasiado fundamentales» para que el departamento forestal los hiciera.

En los años en que estuvo en el norte rural de la India, Mira Behn también hizo algunos sabios comentarios sobre los problemas de la agricultura india (problemas que aún siguen con nosotros): la falta de drenaje de los suelos que parece ser una característica casi ineludible de la irrigación en gran escala; el arado de tierras más adecuadas para pastos del ganado (esto afecta negativamente la calidad del ganado); y la violenta erosión del suelo. Para Mira Behn, la rapidez del cambio y trastorno ambiental era una característica de la vida moderna. Es verdad que las civilizaciones antiguas en el Norte de

África y en el Oriente medio se colapsaron debido al abuso del ambiente, pero ella escribió en el *Hindustan Times*, del 5 de junio de 1950, «en aquellos tiempos se tardaban siglos y siglos en alcanzar la destrucción total, pero actualmente con las máquinas y la ciencia moderna lo que en el pasado tardaba mil años o más, ahora se puede lograr en unos miserables cien años».

Al igual que Gandhi y Kumarappa, la principal preocupación de Mira Behn fue la de rehabilitar la economía de las aldeas de la India. Sin embargo su interés en el ambiente no fue meramente instrumental: algunas veces ella expresó una afinidad espiritual con la naturaleza de un tipo wordsworthiano, de tradición romántica europea. Ella se autodesignó como «devota de la gran antigua Madre Tierra». En 1949 escribió:

La tragedia actual es que las clases educadas y adineradas no están en contacto con los fundamentos vitales de la existencia —nuestra Madre Tierra, y la población animal y vegetal que ella sostiene. Este mundo planificado por la naturaleza es despiadadamente saqueado, expoliado y desorganizado por el hombre siempre que éste tiene la oportunidad. Con su ciencia y maquinaria le puede sacar rendimientos durante un tiempo, pero a la larga acabará devastándola. Tenemos que estudiar el balance de la naturaleza, y desarrollar nuestras vidas dentro de sus leyes, si queremos sobrevivir como una especie físicamente saludable y moralmente decente.

Empecé este artículo reconociendo y comentando la visible influencia del Mahatma Gandhi sobre los movimientos ecologistas de la India. Después fui hacia atrás en el tiempo para investigar en qué medida el mismo Gandhi se había anticipado a los problemas ecológicos de la actualidad. La evidencia confirma que las ideas de Gandhi, y también de sus seguidores J.C. Kumarappa y Mira Behn, constituyen un pasado muy utilizable para el movimiento ecológico.

Ahora es momento de poner nuestra atención en un mito muy extendido, que tiene sus orígenes en la adopción del Mahatma Gandhi por parte de los movimientos ecologistas.

Hay una tendencia desafortunada, que prevalece de manera especial en el ala radical del movimiento, la de identificar lo bueno y lo malo con individuos particulares. Para el ecologista radical, Gandhi es bueno en la misma proporción en que Nehru es malo. Mientras ensalza a Gandhi como un modelo a honrar y seguir, desea al mismo tiempo demonizar a Jawaharlal Nehru, sobre el que hace recaer la culpa de la crisis ambiental que vive la India en la actualidad por ser durante mucho tiempo Primer Ministro (de 1947 a 1964). Muchos ecologistas creen que el mismo Gandhi había trazado un modelo de desarrollo ecológico, y que esta alternativa gandhiana fue lanzada al cubo de la basura por Nehru, que impuso, en una India independiente, su propio modelo de desarrollo capital-intensivo y ecológicamente destructivo. Así, un ecologista indio expatriado que se encuentra en Gran Bretaña explicó esta anécdota hace poco tiempo. Gandhi estaba una vez con Nehru en la casa de la familia de este último en Allahabad, y pidió un cubo de agua para lavarse en la mañana. Nehru le envió dos cubos, a lo que Gandhi le devolvió uno. «¿Por qué Gandhiji?», protestó Jawaharlal, «Ésta es la ciudad en donde se encuentran el Ganga y el Yamuna; no puede haber escasez de agua aquí».

Este incidente pretende ejemplificar la prudencia de Gandhi y el comportamiento despilfarrador de su anfitrión que después de 1947 (cuando la India obtuvo su independencia) encontró su expresión en el camino del desarrollo destructivo seguido por la nueva nación. No se cita fuente de esta anécdota que es casi seguro fruto de la imaginación de ese ecologista. Sin embargo tales ideas son ampliamente compartidas por los ecologistas gandhianos actuales. Déjenme darles un ejemplo más, uno entre los muchos que hubiese podido escoger, para ilustrarlo. En un artículo publicado hace algunos años, un conocido escritor y activista ecologista indio afirmaba que Mahatma Gandhi «trató en vano de persuadir a Jawaharlal Nehru de no llevar a la India por el camino del sobreconsumo». Esta frase expresa de una manera concisa los dos elementos básicos del mito: primero, que ecológicamente hablando Nehru fue tan malgastador como Gandhi prudente; y en segundo lugar, que Gandhi tenía

su propio plan de desarrollo alternativo para la India, que Nehru con su arrogancia rehusó. Es de esta manera como los debates ecologistas actuales han llevado a Gandhi y Nehru a una feroz y póstuma competencia pública, violando en espíritu y letra la íntima relación de amistad que realmente existió entre estos dos hombres.

La falsa oposición entre Gandhi y Nehru se construye, en parte, por la necesidad de explicar un misterio evidente: que la experiencia del desarrollo de la India independiente ha estado marcada por una profunda insensibilidad a las consideraciones ecológicas, a pesar de que, como acabamos de mostrar, el «Padre de la Nación» fue, en nuestros términos, un «ecologista temprano». El misterio puede ser cómodamente explicado contrastando la prudencia de Gandhi con el comportamiento despilfarrador de Nehru, y suponiendo una conspiración según la cual el más joven controló el Partido del Congreso en un «golpe palaciego» y suprimió después la herencia gandhiana.

Que el misterio existe no lo discuto; pero quiero modificar, y quizás incluso cambiar, la manera en que suele ser explicado por mis amigos del movimiento ecologista. Cambiar este retrato en blanco o negro de Gandhi y Nehru no implica, evidentemente, ignorar las profundas diferencias filosóficas entre ambos. La visión de Gandhi de una India libre centrada en la renovación de los pueblos rurales; la visión de Nehru, con firmeza, del desarrollo industrial rápido. El hombre viejo prefiere la estabilidad al cambio; Nehru, más inquieto, prefiere el cambio a la estabilidad. Estas diferencias aparecen claramente en su intercambio de cartas en octubre de 1945. Tras una sesión de un comité de trabajo sobre objetivos sociales y económicos para después de la independencia, Gandhi escribió a Nehru sobre su creencia de que la India «solo podía alcanzar la verdad y la no-violencia a través de la simplicidad de la vida de las aldeas». Él comparó la sociedad industrial con la mosca nocturna que da vueltas cada vez más rápido alrededor de la luz, solo para morir en ella. En su contestación, Nehru discute que un ambiente social atrasado cultural e intelectualmente, no podía jamás expresar los principios de verdad y no-violencia. Él identificó, como el prin-

cipal objetivo de la planificación económica, no el «sobreconsumo» (como el ecologista citado anteriormente nos quería hacer creer), sino «una suficiencia de comida, ropa, vivienda, educación, sanidad, etc.» para todos los indios. Este era un objetivo en el cual los dos, Nehru y Gandhi, estaban de acuerdo, pero el más joven, al igual que otros intelectuales del momento, estaba convencido de que esto solamente podía ser logrado a través de una industrialización rápida y con el uso de las tecnologías modernas.

No obstante estas diferencias, tenemos que reconocer el profundo y perdurable amor que había entre Gandhi y Nehru. «No puedo pensar en mí como un rival de Jawaharlal o él de mí», escribió Gandhi en julio de 1936. Continuó: «O si lo somos, somos rivales en amarnos en la persecución de un mismo objetivo. Y si, en el trabajo en común para conseguir este objetivo, algunas veces parece que estamos tomando diferentes caminos, espero que el mundo vea que nos hemos distanciado uno del otro por un momento, y solo para encontrarnos después con una más grande atracción mutua y estima».

No sé cómo los ecologistas reconcilian esto con la polaridad Gandhi/Nehru que ellos sostienen fervientemente, o realmente cómo ignoran el anuncio público del Mahatma de que Nehru era su heredero, al principio de los años treinta. En los años cruciales antes de la independencia India allá por 1940, las ideas económicas del propio Gandhi habían sido rechazadas por el movimiento nacional. Los ecologistas no entienden esto. Hubo un contundente consenso, entre los políticos e intelectuales, que la rápida industrialización era la única estrategia viable para la India independiente, una estrategia que sus proponentes pensaban que llevaría a la reducción de la pobreza y del desempleo, y a una sociedad fuerte y genuinamente independiente. Creían los intelectuales que en la ciencia y en la tecnología modernas residía la clave para una expansión ilimitada del bienestar humano. La alianza de la ciencia y la tecnología en el proceso de desarrollo puede ser vista, por tanto, como una característica distintiva de lo que algunas veces se llama el modelo nehruiano. Nehru expresó este con-

senso de una manera particularmente elocuente, pero detrás de él estaba una sólida falange de hombres profundamente sinceros y patrióticos.

De hecho, si el modelo gandhiano se hubiese realmente adoptado como base para la política económica en 1947, eso hubiese sido una imposición antidemocrática dada la fuerte y mayoritaria opinión en contra. La marginación de la «alternativa gandhiana» está muy bien expresada en la carrera de J.C. Kumarappa. En 1937, fue nombrado por el Comité Nacional de Planificación del Partido del Congreso como representante de la Asociación de Industrias Rurales, pero dimitió cuando sus compañeros miembros del Comité no estuvieron de acuerdo en poner la aldea rural como centro de la planificación. Después de la independencia, el Sarva Seva Sangh le pidió a Kumarappa representarla en el Consejo asesor de la Comisión de Planificación. Otra vez, el economista gandhiano se percató rápidamente de que estaba en minoría de uno, y dejó la Comisión.

La hostilidad de Kumarappa a las políticas de Nehru y sus colegas deben ser contrastadas con la actitud de Vinoba Bhave, comúnmente visto como el sucesor «espiritual» de Gandhi (así como Nehru es conocido como el heredero «político»). Mientras Kumarappa era intransigente, Bhave reconoció que, en la India de los años cincuenta, las ideas de Nehru eran ampliamente compartidas. Bhave no volvió la espalda a la pauta de desarrollo económico seguida en su tiempo, sino que trató de espiritualizarlo y suavizarlo, especialmente a través de su trabajo en la reforma agraria voluntaria o Bhoodan.

Desde nuestro punto de vista actual, nos es posible glorificar a Gandhi y a Kumarappa como ecologistas de antes de la época ecologista. Por el contrario el Primer Ministro de la India representaba la opinión de la mayoría intelectual dentro del movimiento nacional, es decir, que la revitalización de la India solo podía venir a través de una industrialización masiva. Uno tiene que honrar a Gandhi y Kumarappa por estar adelantados a su tiempo; pero es enormemente ahistórico, así como injusto, el condenar a Nehru por ser, simplemente, un hombre de su tiempo.

El socialista británico Edward Carpenter señaló una vez que el Paria de una época es el Héroe de otra. Quizás a la inversa, que el Héroe de una época es el Paria de otra, sea igualmente verdad. Ningún hombre fue tan adorado durante su vida como Jawaharlal Nehru, sin embargo ningún hombre ha sido más desprestigiado desde su muerte. Parece que Nehru fue el responsable de todo lo que está mal en la India de hoy. Así la derecha sostiene que las políticas pseudo-seculares de Nehru y la planificación estatal son responsables de los conflictos religiosos y del estancamiento económico, mientras que la izquierda, igual de fácilmente, le responsabiliza de la desigualdad económica y de la degradación ambiental, por su pseudo-socialismo y arrogancia ecológica.

Esta demonización de Nehru, dentro y fuera del movimiento ecologista, falla al no ver que el tiempo cambia, y los hombres y las ideas con él. Tomen por ejemplo la controversia del proyecto de la presa de Sardar Sarovar en el río Narmada, que a los ecologistas indios se les ha hecho fácil de representar en términos de la oposición Gandhi/Nehru. De este modo, un crítico del proyecto habla de un templo histórico que está siendo sumergido por el aumento de las aguas de la represa, a la que caracteriza como «uno de los templos de Jawaharlal Nehru de la India moderna». Resulta que un hombre que murió hace 30 años está siendo inculcado por la construcción de un represa hoy, simplemente por una frase que él había usado («los templos de la India moderna») para describir otra represa en los primeros años de la independencia. ¿Cómo se puede estar tan seguro de que un hombre tan generoso y abierto de mente como era Nehru hubiese apoyado Sardar Sarovar a pesar de la evidencia en contra? Por lo que a mí respecta, no tengo duda de que si Nehru y Gandhi estuvieran todavía vivos, ambos se hubiesen encontrado del lado del movimiento para parar la represa, el Narmada Bachao Andolan.

El deseo de demonizar a Nehru viene de una visión de la historia como una pelea de indios y cowboys, en que el mundo está fácilmente dividido en buenos y malos. Los retratos en blanco o negro caracterizaron a los marxistas, y ahora les gustan a algunos eco-

logistas radicales. Pero las ideas y acciones de los individuos deben ser contextualizadas: ésta es la tarea del historiador, y para hacerla tal vez deba corregir las creencias de los activistas. Es con este espíritu que he atacado el retrato en color negro de Nehru por los ecologistas, y con el mismo espíritu ahora deseo calificar el retrato siempre en colores claros de Gandhi. Como ya he argumentado, la figura histórica de Gandhi proporciona un conjunto de ideas y vocabulario de protesta contra las leyes injustas, que el movimiento ecologista incorpora ahora. Esto es indiscutible —pero quizás es ahora tiempo de preguntar: ¿la herencia de Gandhi puede en algún punto limitar al movimiento? o de una manera más clara, ¿proporciona Gandhi todas las respuestas para aquellos que están actualmente trabajando en la renovación ecológica y social? Algunos ecologistas, naturalmente, enfatizan que sí lo hace; recientemente un amigo reivindicaba que «en cada una de las situaciones o crisis o cambios ambientales se puede encontrar la inspiración y guía en Gandhi». No obstante, yo pienso que Gandhi no da todas las respuestas —algunas veces, realmente ni tan siquiera hace las preguntas correctas.

Déjenme aclarar. Yo creo que la herencia del Mahatma Gandhi ha limitado la visión del movimiento ecologista en dos aspectos cruciales. Primeramente, es impresionante cómo los horizontes de la mayoría de los ecologistas alcanzan solo a lo rural. Al igual que Gandhi, sus seguidores actuales tienen un conocimiento limitado del contexto urbano y sus problemas sociales y ecológicos. En sus denuncias contra la vida urbana-industrial, los ecologistas indios, en general, aún tienen que percatarse del hecho de que al terminar el siglo la India tendrá la población urbana mayor del mundo. Las consecuencias de esta rápida urbanización ya están con nosotros: contaminación masiva, amontonamiento de la población y las enfermedades asociadas con ello, escasez de agua, sanidad y vivienda inadecuadas, y un sistema de transporte ineficiente desde un punto de vista ecologista de conservación energética. Al encarar estos problemas, y al intentar hacer nuestras ciudades y pueblos habitables, los ecologistas indios no encuen-

tran ayuda en Gandhi, que en su propia vida y trabajo volvió la espalda a la ciudad.

Al igual que la ciudad, tampoco la vida salvaje tenía atracción para Gandhi. Es verdad que su práctica vegetariana y de no-violencia orientó a Gandhi hacia el respeto por cualquier forma de vida, pero no parece que se commoviera por las glorias de la naturaleza intacta. Quizás ésto deba atribuirse a su temperamento severamente práctico, porque no había nada de romántico en Gandhi. Misteriosamente, Nehru era de lejos el más romántico de los dos, y fue un gran admirador de la belleza natural de la India. Hay una calidad casi mística en la invocación de Nehru, en su última voluntad y testamento, de su afinidad con la tierra, las montañas, los ríos de la India.

Una anécdota que ilustra este contraste fue explicada por Edward Thompson, el educador y escritor británico que era amigo íntimo de ambos, Gandhi y Nehru. Cuando los ministerios del partido del Congreso se formaron en diferentes provincias de la India británica en 1937, Thompson intentó interesar a los líderes nacionalistas por la causa de salvar la fauna india en extinción (tal y como él señaló), «animal tras animal...extinguido o en la lista de animales en peligro». Al presentar el problema a Gandhi, el Mahatma simplemente hizo un chiste, diciendo, «tendremos siempre por lo menos al león británico». Pero entonces, notando el desacuerdo de Thompson, Gandhi le dijo que fuera a hablar con Jawaharlal Nehru, que mostraría más interés. Nehru lo hizo, habló del tema con los primeros ministros de los estados administrados por el partido del Congreso. Después, Nehru pudo informar a Thompson, con algo de orgullo, que en el último acto de C. Rajagopalachari, como primer ministro de Madras, fue preservar la Reserva Natural Periyar.

Tanto los amantes de la naturaleza como aquellos que ponen atención en el ecologismo urbano encontrarán, por tanto, una muy pequeña ayuda directa de Mahatma Gandhi. Pero entre la naturaleza salvaje y la ciudad hay un vasto terreno, habitado por setecientas mil aldeas. Gandhi habló de esto a menudo y muy elocuentemente. Es aquí donde su vida y su mensaje admiten una aplicación más directa, en la resistencia con-

tra proyectos destructivos del ambiente o en la restauración de la relación entre la economía agraria y el ambiente natural. Y todos nosotros sin excepción —tanto si vivimos en la ciudad, en el campo o en un sitio salvaje— podemos intentar simplificar nuestros estilos de vida dejándonos llevar por el ejemplo de un hombre que, en su propia vida, planteó pocas exigencias a la tierra. Y así el movimiento ecologista tiene que recuperar constantemente a Mahatma Gandhi, e ir más allá de él.

Nota sobre las Fuentes: Los *Collected Works of Mahatma Gandhi*, con más de 90 volúmenes, son la fuente principal de todos los estudios eruditos de Gandhi como «ecologista». Para mis propósitos limitados, es decir, revalorizar a Gandhi como «ecologista», he confiado en tres inestimables antologías temáticas de sus escritos: *Mahatma Gandhi, Industrialize —And Perish!* copilado por R.K. Prabhu, primera edición (Ahmedabad: Navajivan Publishing House, 1966); *Village Swaraj*, copilado por H.M. Vyas, primera edición (Ahmedabad: Navajivan Publishing House, 1962); and *My Picture of Free India*, editado y publicado por Anand

T. Hingorani (Bombay: Bharatiya Vidya Bhavan, 1965). De todos modos, las citas que aparecen en el texto, con fecha y lugar de publicación, pueden ser encontradas por el lector interesado en los *Collected Works of Mahatma Gandhi*.

Los trabajos importantes de J.C. Kumarappa son *Why the Village Movement?*, segunda edición (Rajahmundry: The Hindusthan Publishing, 1938) y *The Economy of Permanence*, segunda edición (Wardha: All India Village Industries Association, 1948). Las ideas de Kumarappa son examinadas más detalladamente en mi artículo, «Prehistory of Indian Environmentalism: Intellectual Traditions», *Economic and Political Weekly*, enero 4-11, 1992.

Finalmente, una muy buena selección de los escritos de Mira Behn, compilados por su asociada Krishna Murti Gupta, que yo he usado aquí, ha sido publicada en un número reciente de la revista, *Khadi Gramodyog*, 39 (2), noviembre, 1992. Se puede encontrar una selección más completa en Krishna Murti Gupta, *Mira Behn, Gandhiji's Daughter Disciple: Birth Centenary Volume* (Nueva Delhi: Himalaya Seva Sangh, 1992).

La revista *Ecología Política* en América Latina
Números actuales y atrasados disponibles en:

SANTIAGO DE CHILE

Inst. de Ecología Política - ECOCENTRO
Seminario 774, Ñuñoa
Fax 56-2-223 45 22 - Tel. 56-2-274 61 92

QUITO, ECUADOR

La Librería de la FLACSO
Ulpiano Páez 118 y Avda. Patria
Fax 593-2-56 61 39 (atención Librería)
Tels. 593-2-54 27 14 / 23 18 06